

UN LIBRO DE EDUARDO DIESTE

Pretexto nada desdoblable se me presenta esta vez, con motivo de la publicación de "Teseo", libro de Eduardo Dieste, donde se glosa sobre lo nuestro y lo de afuera con singular elevación crítica y poco común destreza en el dominio de los temas, para hilvanar pareceres sobre crítica de arte.

Aparte las inánimas virtudes que adornan la vigorosa personalidad de Eduardo Dieste, hubiera sido suficiente acicate para mí, al lanzarme a escribir sobre "Teseo" el silencio lleno de consagración, con que se acogió el libro de este fuerte solitario, que aduna a su envidiable saber, el desdén indiferente y resignado por la incompreensión y desnivel del público.

Es país el nuestro donde abunda arte y escasea comprensión. Lo adocenado y extranjero se entromete y adquiere el favor del público con pasmosa intrepidez: los buenos artistas acaban en el aislamiento, la forma más promisoría de convivencia en un país, donde el público anda desorientado, porque una crítica ignora lo nuevo y lo sacude por todas partes, sin saber el pobre público por quién y por dónde es llevado.

La crítica de arte en el Uruguay, y al decir arte, incluyo lo literario, es dirigida por unos zascandiles, medidos a críticos, que no saben mirar un cuadro, ni distinguir un tono. Estos críticos hechos a dedo, como los generales de antaño, son los que imponen gustos y pareceres con el mayor desparpajo y el menor contralor crítico. Han impuesto falsos ídolos como Barthold, Gili Roig, pintores extranjeros de tercera o cuarta categoría, que han suplantado sin razón a nuestros legítimos valores: Cúneo, Laborde, Arzandum, Bazurro, Méndez Magariños, Posse Castro, etc. A estos críticos de improvisación se une una caterva de ignorantes que profesan de sabedores, criticones de los pocos que saben algo y modestamente opinan sobre lo que ven y gustan, alogando que no puede opinar sobre arte quien no ha visto Museos y no visitó talleres europeos. Estos señores, cerrados en absoluto en el gusto de lo bello, voraderos buhos periodísticos, se consideran investidos de alguna superioridad por el simple hecho de haber paseado sus ceguerras por las telas del Museo del Prado, y cuando opinan, muestran más ni desnudo ceguera y desenvoltura propia de presuntuoso ignorante. Cuando alguno de estos críticos le ha negado a Eduardo Dieste capacidad para opinar sobre arte, me he oído a reír hasta no poder más, compadeciéndome, sin embargo, de la ignorancia que no se conoce a sí misma y de la estulticia logrera que se oculta bajo el modesto rótulo de "periodista".

II

refiere a la observación de la propia obra, que el pintor no conozco nada más descontentadizo en lo que se

tor o el escultor. Nunca se escribirá una crítica de arte que satisfaga a quien es en ella alabado o censurado. Los pintores se empeñan siempre en negarle a los escritores autoridad para inmiscuirse en lo que ellos llaman su oficio, y enfienan de "demasiado literarios" los juicios que se escriben sobre pintura. Dicen los pintores: el escritor divaga, se va por las ramas y en lugar de examinar pictóricamente un cuadro, realiza una descripción literaria, más o menos poética de lo pintado. Y así dirán: "los verdes tienen aromas de jempira", y al pintor le interesaría que el escritor dijera: ese verde está mal entonado, no está en valor.

Los escritores pueden contestarle a los pintores: bueno, ya que nosotros no comprendemos técnicamente la pintura, hagan ustedes crítica de arte. A lo que contestarían los pintores: No la hacemos porque no somos escritores. ¿No hay en todo esto una confusión? La hay y muy grande. El escritor es tan capaz de hacer sentir un cuadro como un pintor, éste crea la obra e inscientemente la transmite, pero el escritor la interpreta, el pintor es un técnico de la emoción, no puede expresar lo que siente más que por medio de planos y de colores, y el público que no conoce el lenguaje del color y de la forma, no puede penetrar en sus secretos, y la misión del escritor, que es un intermediario entre el público y el pintor es la de transmitir por medio de la palabra, lo que el pintor ha querido expresar por medio de colores y volúmenes. De

CONFUSIONISMO

M. Georges Pillement, que ordinariamente suele ser un cronista discreto de las letras de habla española, seguramente con el designio de rendir a Supervielle un homenaje que no precisa, humilla, inútilmente también, a un poeta original, innovador, personalísimo, como Fernán Silva Valdés, haciéndole aparecer, en su juicio sobre "Poemas Nativos" de la "Revue de l'Amérique Latine", como imitador de aquél, o por lo menos, como un escritor influenciado por el autor de "Debarcaderos" y "Gravitations".

Decir tal cosa es no comprender ni a Silva Valdés ni a Supervielle.

Afortunadamente, el crítico Zum Felde ha aclarado el punto y defendido al suscitador del americanismo poético en el Plata, reclamando con exactitud la primacía de la inspiración nativa de corte moderno para Silva Valdés, en suuelto de "El Día" de Montevideo, reproducido aquí por Carátula.—E. M.

manera que no hay tal intromisión de un campo en otro, y sí, solamente, una interferencia indispensable entre el pintor y el escritor: así se explica que los mejores críticos de arte hayan sido escritores y que gracias a ellos triunfaran los impresionistas.

Los pintores han sido buenos críticos de arte para los pintores, no, para los demás: el público y los escritores, que no se interesan del tecnicismo de un arte, sino de sus principios generales. Las lecciones de dibujo de Delacroix, son provechosas para un pintor; en cambio, ninguna utilidad tienen para un simple aficionado al arte. El tratado de la Pintura de Leonardo de Vinci, y las recetas de Rodin a los artistas, son fundamentales para los pintores y escultores, en su A, B, C, son útiles para escritores que tengan inclinaciones por la crítica de arte, mas para el público no tienen interés; un recién iniciado se orientará mejor en el conocimiento del arte por la lectura de los Salones de Baudelaire que por el conocimiento de los libros ya citados.

"Teseo", de Eduardo Dieste, puede ser criticado desde el punto de vista de los pintores y defendido desde el sector de los escritores, según se defienda una u otra tesis. A mí me parece "Teseo" un libro de crítica de arte, que una las dos condiciones fundamentales para ser gustado ampliamente: necesario en su generalización divulgadora para el principiante, y de utilidad para los pintores. Es la experiencia que demuestra hasta dónde puede el escritor documentado y serio, erar una crítica de arte superior a la puramente pictórica (recuerdo como ejemplo unos apuntes críticos de Cúneo y Arzandum, publicados en la Revista Teseo), por la superioridad evidente de la belleza, riqueza y seguridad del estilo. En los momentos más difíciles, cuando hay que examinar un cuadro, como conceder de los recursos pictóricos, de toda esa cocina práctica de la combinación de complementarios, lo vemos a Dieste salir airoso y sin perder nunca esa sencillez nada dogmatizadora que lo caracteriza. Y en poner emoción y amor en lo que dice y en defender con firmeza sus ideas, es siempre humano y sincero.

"Teseo" no es la recopilación de artículos de crítica periodística: es obra con unidad; se ha sabido en ella buscar un método, seguir un camino cierto, explorar intrépidamente un bosque poblado de demasados fantasmas, y dígame lo que se diga, saber por dónde se anda y cómo se anda, es lo principal; lo demás pertenece al reino de la tijera y el diccionario, que es el periodismo.

Idelfonso PEREDA VALDES.

Montevideo, Junio 1926.